

# LA OPINION ESPAÑOLA ANTE EL CONFLICTO FRANCO-BRITANICO DE 1898

Dr. Emilio de DIEGO GARCIA.

Las contradicciones generadas por los intereses nacionalistas de la burguesía y su afán de expansión «universal» se manifiestan en las fricciones finiseculares de la pasada centuria especialmente en torno a 1898.

Asistimos en esa fecha a dos tipos de confrontación entre las potencias imperialistas: a) el desplazamiento de las naciones colonialistas en decadencia, producido por las nuevas sociedades en ascenso, uno de cuyos ejemplos definitorios sería el conflicto entre Estados Unidos y España; y b) las graves tensiones suscitadas por la rivalidad de los imperialismos pujantes en disputa por lograr las mayores y mejores áreas de influencia, marco en el que se inscriben los incidentes anglo-norteamericano, germano-británico, anglo-ruso... y especialmente franco-británico en la proximidad de aquella fecha.

## LOS ANTECEDENTES INMEDIATOS: 1890-1898

La exportación masiva de capital británico a finales del siglo XIX y principios del XX fue un fenómeno de alcance incomparable en ninguna otra nación antes o después de este periodo<sup>1</sup>, pero no único ya que Francia, Alemania, los Países Bajos, etc..., principalmente la primera, siguieron pautas similares. Asistimos de este modo a un segundo tiempo en el proceso colonial. El comercio exterior, que había sido la clave para la explotación de los países retrasados iría compartiendo este papel con maniobras financieras más complejas<sup>2</sup>. Esta expansión de base nacionalista dirigida hacia cualquier punto

(1). Ver entre otros EDELSTEIN, M. *Overseas Investment in the Age of High Imperialism. The United Kingdom, 1850-1913*. Methuen, London, 1982.

(2). Según BAIROCH, P. *Commerce extérieur et développement économique de L'Europe au XIX siècle*. Ehes, Paris, 1976 el valor de las inversiones brutas de los principales países europeos, en el exterior fue:

(en millones de dólares corrientes)

|              | 1870  | 1900   | 1913   |
|--------------|-------|--------|--------|
| Reino Unido  | 3.850 | 12.500 | 20.300 |
| Francia      | 2.500 | 5.200  | 9.000  |
| Alemania     |       | 3.600  | 4.700  |
| Países Bajos |       | 1.100  | 1.200  |

que pudiera ofrecer suficientes expectativas de rentabilidad llevó aparejada, inevitablemente, la conflictividad política, especialmente en África<sup>3</sup>. La competencia por adquirir posiciones dominantes se acentúa en la última década del XIX, a medida que los «espacios vacíos» disminuyen y crece, en razón inversa, el ímpetu del colonialismo en los países «desarrollados».

### A) Francia: el camino de Fashoda

En octubre de 1890 se fundaba el Comité del África francesa. Su aspiración era promover un bloque africano, bajo el dominio de París, a través de la unión de Sudán, Congo, Senegal, Argelia y Túnez. Políticamente integrado en el espacio de centro-derecha, el Comité sería uno de los catalizadores del «partido colonial»<sup>4</sup>. Tres años más tarde se creó la Unión Colonial Francesa, organismo representativo de los sectores interesados en los negocios coloniales. Aunque su influencia política fuese menor, sus fines podrían compaginarse perfectamente con los del Comité, en una curiosa simbiosis en la que se mezclaban la defensa de la fortuna comercial de sus miembros y del honor del país.

El «partido colonial» vio aumentado su potencial con la incorporación de numerosas personalidades de diversas tendencias unidas por el afán de lograr una Francia «grande»<sup>5</sup>. Esto sólo sería posible frenando el expansionismo británico, y de modo concreto impidiendo la ambición de Londres por someter a su control el África oriental, mediante el gran eje Cabo-Cairo.

Las actuaciones del grupo colonial se dirigieron, por una parte a crear un ambiente de opinión pública favorable a sus objetivos, por otra a la formación de un bloque político con suficiente entidad para presionar en los diferentes ámbitos institucionales. Ambos fines, inseparables, se alcanzaron en gran medida; el primero orquestando amplias campañas en los medios de comunicación, y el segundo constituyendo un frente parlamentario cohesionado y animado de fuerte espíritu combativo. Así acabarían por imponer sus criterios en la política exterior francesa arruinando los esfuerzos de otro im-

---

(3). La Conferencia de Berlín de 1885 y los tratados de 1888-1889 no evitaron un periodo signado por la amenaza de graves enfrentamientos entre las potencias imperialistas. Esta etapa de forcejeo se cerraría, en lo esencial, con el nuevo reajuste sancionado por los acuerdos de 1898-99. Ver JOVER ZAMORA, J. M.ª. *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*. FUE, Madrid, 1979.

(4). Para un estudio del Comité del África francesa y del «partido colonial» pueden verse, entre otras, las siguientes obras: BRUNSCHWIG, H. *Mythes et réalités de l'imperialisme français, 1871-1914*. A. Colin, París, 1960. GANIAGE, J. *L'expansion coloniale de la France sous la III.<sup>e</sup> République*. Payot, París, 1978. AGERON, C.R. *France colonial ou parti colonial?*. PUF, 1978. ANDREW, C., KANYA-FORSTNER. The French Colonial party: its composition aims, and influence 1885-1914, *The Historical Journal*, 197.

(5) Además de Etienne, Delcassé, Haussmann, Deloncle, Archinard, Binger,... otros como Siegfried, Constans, antiguos ministros, respectivamente, de Comercio e Industria y de Interior; Charles-Roux, gran hombre de negocios marsellés, etc.

portante sector del país que, encabezado por Ribot, había mantenido una línea de aproximación a Inglaterra.

El forcejeo entre ambas tendencias se decide a favor del partido colonial desde principios de 1894, en dicho año conseguiría la creación de un Ministerio de las Colonias y la aprobación y auxilio del Gobierno a las «expediciones» que servían de vehículo al «agresivo» expansionismo francés.

En un ambiente de intensa anglofobia, una serie de fricciones entre Francia y el Reino Unido en diversos puntos del espacio africano, conducen paso a paso al climax de 1898. Debemos recordar al respecto las cuestiones suscitadas por el control de Marruecos, la integración de Madagascar en la órbita francesa, el enfrentamiento en la zona del Níger y, finalmente, el definitivo contencioso en el Alto Nilo.

En este último podríamos señalar dos etapas: la primera entre 1892 y 1895, la segunda de 1895 a 1898. Desde el otoño de 1892 el propósito francés de obligar a Inglaterra a reconsiderar la situación de Egipto, nudo gordiano de sus respectivas estrategias en Africa, origina un amplio movimiento diplomático, económico y militar cuyo objetivo final, (ocupar el Alto Nilo como medio de presión), se debate entre una serie de proyectos encallados en las resistencias despertadas por el temor a la reacción británica que desencadenarían<sup>6</sup>. Desde 1895 la decisión de llevar adelante, con todas las consecuencias, una acción sobre el Nilo empieza a tomar cuerpo.

El Quai d'Orsay que había mostrado escaso interés por importantes, pero más limitados proyectos de misiones anteriores como las de Monteil o Liotard, apoya, aunque tibiamente, los planes del capitán Marchand. Entre la esperanza y el temor, mientras el entusiasmo del Ministerio de las Colonias (Archinard), se va imponiendo a las reservas del máximo responsable de la política exterior, (Hanotaux), Francia camina hacia el choque con Inglaterra<sup>7</sup>. El 11 de febrero de 1896 el gobierno aprobó definitivamente la misión de Marchand, quien después de establecer relaciones de alianza con los mahadistas debería llegar a Fashoda antes que los ingleses.

Pocas semanas más tarde, precisamente cuando se iniciaban en París los preparativos de la expedición se tienen noticias de que Inglaterra decidía reconquistar el Sudán egipcio y enviaba fuerzas militares contra Dongola. El peligro de colisión frontal y directa parecía inevitable. A pesar de todo, el 25 de abril, la vanguardia de la misión francesa partía para el Congo<sup>8</sup>.

(6). Estos proyectos tomaron cierta importancia por la actividad de Victor Prompt, ingeniero que había trabajado en Egipto y encontraron eco en el grupo colonial. A ellos se debería un primer plano de llegar al Alto Nilo en Fashoda, presentado por Arenberg a Delcassé en febrero de 1893, que debía desarrollar una misión dirigida por el comandante Monteil. No llegaría a ponerse en práctica hasta sus últimas consecuencias, al igual que otros intentos semejantes.

(7). Ver GUILLEN, P. *L'Expansion 1881-1898*, en *Politique étrangère de la France. 1871-1969*. Obra dirigida por DUROSELLE, J.B. Imprimerie Nationale. Paris, 1985

(8). GUILLEN, P. Ob. Cit. Pág. 409. La misión Marchand gracias a la propaganda del grupo colonial crecía en popularidad y en diciembre de 1896 el Parlamento aprobó los créditos para la financiación de esta expedición por 477 votos contra 18.

Las dos primeras fases del proyecto Marchand se desarrollaron desde los meses finales de 1896 hasta el otoño de 1897, estableciendo una línea de puestos de Bangui a Bahr el-Ghazal. La tercera y la cuarta consistentes en llegar hasta el Nilo y establecerse como representante del gobierno francés en Fashoda, se completaron inmediatamente después<sup>9</sup>.

## B) Inglaterra desde 1890: asentamiento de su hegemonía en África

Ya en noviembre de 1889 Salisbury afirmaba la prioridad de los asuntos africanos para el Foreign Office. Consecuentemente la política británica se dirigió a asegurar el control de aquellos puntos fundamentales para su expansión y, entre ellos ocuparía un lugar preferente la región del Alto Nilo. Una serie de acuerdos configuraron su privilegiada situación en la zona. En julio de 1890 era Alemania la que declinaba sus aspiraciones siguiendo Italia, en 1891, idéntico camino. Únicamente Francia por multitud de razones: estratégicas, económicas, históricas... se negaba a ceder aquel campo.

A partir de 1894 la situación amenazaba con producir un choque anglo-francés de graves consecuencias, pues el reforzamiento de la intransigencia imperialista en círculos parisinos se une desde junio de este mismo año la amenaza secreta del Gobierno de Londres vetando cualquier maniobra que pudiera interferir los intereses británicos. Nuevamente en marzo de 1895 Inglaterra, ahora de modo público, anunciaba su decisión de no consentir la presencia de ninguna misión francesa en el Nilo superior.

El desencadenamiento de la crisis del Extremo Oriente desplazó la atención europea hacia ese nuevo escenario y dejó en segundo plano, por un tiempo, el contencioso por Egipto. Sin embargo, a finales de 1895, como corolario del rumbo que tomaban sus relaciones con Constantinopla, Inglaterra había decidido reconquistar el Sudán e inició un avance sobre Dongola en marzo de 1896.<sup>10</sup>

Este primer paso significó una especie de tanteo. Hasta 1897 Londres no resolvería seguir adelante asumiendo todas las implicaciones que el empeño ocasionaba, no sólo en África sino también en Asia. Durante los meses transcurridos Salisbury había procurado un acercamiento a Rusia, tanto con respecto a Turquía como para evaluar el alcance del posible apoyo de San Petersburgo a Francia en caso de confrontación en el Valle del Nilo.<sup>11</sup>

(9). En octubre de 1897 recibía Marchand el aviso expedido en París el 30 de junio de marchar, lo más rápidamente posible, sobre el Nilo. Era la señal de pasar a la tercera fase. En la cuarta, Marchand recibió instrucciones de firmar un tratado con el príncipe Schillak y organizar la región como un dominio bajo la administración francesa. Posteriormente llega a Fashoda el 10 de julio, iza la bandera francesa y se intitula «representante del Gobierno francés para el Alto Nilo y Bahr-el-Ghazal. Ver ZURRER: *Die nahostpolitik Frankreichs und Russlands 1891-1898*. Wiesbaden, 1970.

(10). LOWE, J.C. *The Reluctant Imperialist. British Foreign Policy 1878-1902*. Routledge and Kegan Paul, London, 1967.

(11). LOWE, J.C. Ob. Cit. Págs. 212-214.

Fracasado el intento de Liga Continental en 1896, a partir de este momento y hasta

Convencida Inglaterra del escaso peligro que, por sus limitaciones, ofrecía para sus planes la alianza franco-rusa, en enero de 1898, enviaba sus tropas contra Khartun y la situación adquiría carácter irreversible.<sup>12</sup> Las manifestaciones de Salisbury en la Cámara de los Comunes, el 8 de febrero, constituyen buen ejemplo de la decidida posición británica. Una confrontación entre las tropas de Kitchener y la columna Marchand resultaba cada vez más probable. Desde estas fechas Francia conoce el firme propósito inglés de llegar hasta la guerra en gran escala si fuese necesario.

A partir de abril los movimientos militares británicos no dejan dudas acerca del talante que Londres mantiene sobre el Alto Nilo. Mientras, la diplomacia inglesa continuaba su tarea de aislar, o al menos debilitar, la posición internacional de Francia para evitar una posible reacción de otras naciones europeas favorable a las aspiraciones de París en el contencioso egipcio. El acuerdo anglo-alemán, de agosto de 1898, fue un éxito en este camino que colocaba definitivamente al gobierno francés en una situación de inferioridad.

El abandono de Fashoda por parte de Francia y con ello de sus aspiraciones en Egipto, sería un desenlace lógico de la pugna según la relación de las fuerzas en presencia. En marzo de 1899 quedaba definitivamente fijada la hegemonía inglesa en todo el Valle del Nilo; así se cerraba finalmente el camino abierto por Salisbury en 1890 con el tratado de Heligoland. Pero ¿cómo se siente en España el último acto de este proceso tan adverso para los intereses de Francia?

## LA OPINION ESPAÑOLA

La limitada capacidad de la burguesía española, y con ella de nuestras posibilidades coloniales, había encontrado campo suficiente en el marco de los viejos reductos antillanos y filipinos. Una política arancelaria proteccionista completaba en lo fundamental, las aspiraciones de esta clase hegemónica. Por ello más o menos forzosamente, España siguió los acontecimientos de la ocupación de Africa como un espectador escasamente interesado. La política exterior canovista había reforzado el «aislamiento hispano».

El choque con Estados Unidos modificó sensiblemente aquella situación. En el juego de posibles alianzas, que el Gobierno español se vio obligado a intentar, para evitar la guerra frente al imperialismo yanqui, nuestra preocupación por la marcha de los acontecimientos, en la que se ven involucradas

---

1898, tanto la política inglesa como francesa en el campo internacional tiene como objetivo explotar a su favor la situación diplomática general.

(12). Ver GUILLEN, P. Ob. Cit. Pág. 412.

La favorable acogida alemana a la victoria de Kitchener sobre los mahadistas y la dirección de efectivos militares en la zona a favor de los británicos empezaba a sembrar el temor en medios franceses.

Ver también RENOUVIN, P. «Les origines de l'expédition de Fashoda», en *Revue Historique*. Diciembre, 1948.

las naciones europeas, crece en alto grado. Cuando en los meses posteriores, las consecuencias de la rivalidad franco-británica en Africa coloquen a ambas naciones al borde de la guerra, la opinión española, pese a estar dominada en su interés fundamental por las secuelas de nuestro propio «desastre», se manifiesta significativamente sobre el tema de tanta trascendencia y tan relacionado con los problemas de redistribución colonial.

La preocupación y el sentir de España podemos determinarlos mediante el estudio de la correspondencia diplomática y de los más destacados órganos de la prensa madrileña de aquellos días,<sup>13</sup> lo que nos permite contemplar dos niveles representativos al respecto: el plano oficial y el de la corriente dominante en los sentimientos de la sociedad española.

### La información diplomática

Las representaciones oficiales españolas en Londres y París siguieron la pugna de 1898 entre ambos países con lógica expectación. Sus comunicaciones al Gabinete de Madrid, en torno al tema, resultan muy interesantes de modo especial las notas enviadas por el embajador León Castillo desde la capital francesa.

La grave situación interna de Francia, a propósito del affaire Dreyfus, ligada en buena parte al desenlace final del contencioso en Fashoda, merecía la dura condena y acertada crítica de nuestro diplomático, ya a principios de 1898, con especial rigor su incidencia parlamentaria, «...aquellas escenas, indignas de una Cámara, reflejan el estado de agitación del país, en el cual se han desatado las pasiones con tal furia que más parecen preludio de guerras religiosas que de conmociones políticas...»<sup>14</sup>. Era evidente que tal estado de cosas no resultaba el más apropiado para medirse a Inglaterra, ya que la III República aparecía cogida entre dos muelas de un molino: «...de un lado está la fuerza representada por un ejército formidable que hasta ahora ha sido su principal apoyo, —escribía León Castillo—, de otro, el capital, los judíos, dueños de una gran parte de la fortuna de Francia, sostén del crédito público, grandes electores, amigos y compañeros en las luchas políticas...»<sup>15</sup>.

Esta tensión había de colocar al país al borde mismo de un golpe militar, precisamente en las fechas en que el conflicto en el Alto Nilo estaba en su punto culminante. León Castillo conoce perfectamente que Francia no podía mantener sus aspiraciones en el espacio africano objeto de la controversia y, con él, se sabe también en los círculos oficiales españoles.

Las noticias llegadas de Londres por medio del embajador Rascón no hacían sino reafirmar la impresión favorable a la mayor decisión y fuerza de In-

(13). Hemos elegido a tal fin los diarios madrileños *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, *El Nacional* y *La Epoca*.

(14). Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores. Leg. 1.534. Informe de León Castillo de veintiseis de enero de 1898.

(15). *Ibidem*.

glaterra, que a mediados de octubre decretaba la movilización de todas sus fuerzas navales <sup>16</sup>. El apoyo del nacionalismo irlandés a Francia, reducido a una manifestación puramente testimonial, es prácticamente la única nota discordante dentro del ámbito británico en relación con el enfrentamiento de Fashoda <sup>17</sup>. Una situación interna bien distinta a la que viven los franceses.

La marcha de los acontecimientos, y las noticias que tiene en torno a los mismos, no dejaban lugar a dudas al ejecutivo español sobre el resultado final del posible enfrentamiento. Las muestras de alarma que manifiesta el Gobierno Sagasta ante una hipotética guerra franco-británica, en aquellas condiciones, apuntan una preocupación comprensible por sus amenazantes consecuencias para nuestro país, al tener pendiente la solución definitiva al problema de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, y siempre en perspectiva el tema de Gibraltar <sup>18</sup>.

El desequilibrio entre ambas potencias en las distintas vertientes del choque en Fashoda se imponía inexorablemente a cualquier otra consideración, tanto de la mayoría de los franceses como de los observadores españoles. El propio Delcassé se lo manifestaría a nuestro embajador en París pocas semanas después de que la crisis hubiera alcanzado su punto culminante. El ministro galo reconocía con cierta amargura que: «...hemos cedido en Fashoda porque no estamos preparados para una guerra con Gran Bretaña, sobre todo durante el invierno...» <sup>19</sup>.

### La opinión a través de la prensa

A lo largo de 1898 la prensa española contiene frecuentes referencias al expansionismo colonial. Junto a las numerosas noticias de agencia sobre sucesos puntuales encontramos abundantes comentarios de gran interés.

Tal vez el eco más amplio despertado en nuestros diarios lo produjo el Dying Nations Speech pronunciado por Salisbury, el cuatro de mayo de 1898 <sup>20</sup>. Sus palabras calaron hondamente en la opinión pública española. Los comentarios suscitados fueron diversos pero de manera fundamental en dos direcciones:

(16). A.G.M.A.E. Leg. 1.560. Informe del embajador en Londres Rascón de veintidos de octubre de 1898.

(17). A.G.M.A.E. Leg. 1.560. Eran las secuelas inmediatas a la represión inglesa de los desórdenes ocurridos en Belfast en junio de 1898.

(18). JOVER, J.M.<sup>a</sup>. «Gibraltar en la crisis internacional del 98», en política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre vida española en el siglo XIX. Madrid, 1976. págs. 431-488.

(19). A.G.M.A.E. Leg. 1.534. Informe del embajador en París, León Castillo de uno de diciembre de 1898, con motivo de explorar nuestro representante la posible actitud de Francia y Rusia ante el problema de Gibraltar.

(20). Ver TORRE DEL RIO, R. «La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las 'naciones moribundas' (Londres Albert Hall, 4 de mayo de 1898)», en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, VI, 1985. Madrid, Universidad Complutense.

- a) Hacia la reflexión. (Postura de La Epoca)<sup>21</sup>.  
 b) Hacia la indignación. (Postura de El Imparcial)<sup>22</sup>.

Como suele ocurrir sería esta última la sensación más extendida mientras la primera serviría sobre todo para acrecentar el ambiente de inferioridad moral y el temor a una derrota cuyos límites podían superar, incluso, el marco de los territorios coloniales.

Creemos, sin embargo, que, al calor de los acontecimientos, las palabras del gobernante inglés no fueron interpretadas en todo su alcance. Se hizo hincapié en su crudeza a la hora de referirse a las naciones moribundas, por cuanto España podía sentirse aludida, pero no se valoró en igual medida aquel mismo talante cuando vaticinaba un futuro inmediato de tensiones y de choques entre las naciones vivas; muchas de las cuales seguirían pronto la suerte de las moribundas por la misma dinámica del conflicto y las reglas del juego impuestas. Las afirmaciones de Lord Salisbury resultarían proféticas.

La iniciativa del imperialismo británico despierta un doble sentimiento: de un lado cierta admiración, de otro una innegable hostilidad<sup>23</sup>.

Sea como fuere la mezcla de estas sensaciones influye a la hora de analizar las causas de la hegemonía inglesa en aquellos momentos. La etiología del proceso se cifra en cuestiones periféricas, como el psicologismo colectivo, el mayor poderío militar (especialmente naval), fijándose sin la suficiente profundidad en los aspectos económicos. Esta actitud que conduce a explicaciones basadas en diferencias de mentalidades encuentra también en Francia numerosos partidarios por las mismas fechas<sup>24</sup>. La preocupación en diversos medios intelectuales del país vecino era muy notable en este sentido.

La prensa española, sin embargo, deja traslucir simultáneamente denuncias certeras acerca de la rivalidad imperialista de las grandes potencias, mientras la nostalgia se asoma a la pluma de algunos articulistas. Bajo el tí-

(21). «La Epoca»: ¿Aviso o consejo?. 5 de mayo de 1898.

(22). «El Imparcial». 5 de mayo de 1898. 2.ª pág.

(23). Ver *El Nacional* de 3 de octubre de 1898, pág. 1. «Francia e Inglaterra». *El Liberal*, 12 de octubre de 1898, pág. 1. Etc.

(24). *El Liberal*, 13 de agosto de 1898, pág. 1, «Cuestiones coloniales». Entre otros aspectos se trata en este artículo de la posición de un sector importante de la sociedad francesa que encuentra su formulación primera en el libro de DEMOLINS, *A quoi tient la superiorité des anglosaxons*; obra que en nuestro país sería presentada por Santiago Alba según se anunciaba el 27 de octubre de 1898. A lo largo de los meses anteriores venía produciéndose una profunda agitación en diversos medios franceses, en este campo, del que son buena muestra los artículos de LEMAITRE, en *Le Figaro*, el libro de LE ROUX, H. *Nos fils y Nos filles* y la novela sociológica y política de tinte federal, escritas por BARRE, M. *Les Deracines*, además de algunas publicaciones de O. MIRABEU.

Tanto LE ROUX como BARRE critican la diferente posición que ante el hecho colonial adoptan ingleses y franceses. Estos últimos no tendrían mentalidad de esfuerzo colonial, de «integración colonial». En Francia, según estos autores, se educaba a la gente para ser funcionarios. En Inglaterra se educaba a las gentes para ser hombres. Cada francés se creía con derecho a un empleo, cada inglés sabía que hay que conquistarlo con el esfuerzo. La educación de la voluntad sería el gran secreto de la raza anglosajona.

Saissy, en *Le Journal*, admitía también la inferioridad del empuje colonial francés, pero la cifraba en la debilidad de su esfuerzo económico.



tulo «Peligro internacional» un diario madrileño ponía de manifiesto el relativo temor ante el curso de los acontecimientos. La amenaza para los países como el nuestro no provendría de un posible enfrentamiento entre Alemania, Inglaterra, Rusia, Francia...sino en un probable acuerdo amistoso pues «...mientras haya en el antiguo continente naciones desvalidas a cuya costa sea dable fundar un acuerdo, no chocarán entre sí las potencias de primer orden...»<sup>25</sup>.

Apenas solucionadas momentáneamente las diferencias a propósito de la intervención europea en China, la expedición del capitán Marchand saltaba al primer plano de la actualidad y se convertía en eje de la atención pública española por las relaciones franco-británicas. Aunque el escándalo Dreyffus, que sacude hasta los cimientos de la sociedad francesa compartiese, y aún superase, el interés sobre el país vecino.

En la segunda quincena de octubre de 1898 los amplios espacios que los periódicos ingleses y franceses dedican a la cuestión de Fashoda tienen su reflejo en las publicaciones diarias madrileñas que ponen especial énfasis en la carrera de armamentos y el ambiente belicista que impera en ambos países. Mientras las unidades de la flota francesa se concentran en Tolon, la segunda escuadra inglesa del Canal se preparaba en Portland Road<sup>26</sup>.

No pasa desapercibido, igualmente, el aviso de la prensa rusa de que, en caso de conflicto anglo-francés por Fashoda, Rusia no apoyaría a Francia ya que la potencia naval gala apenas representaría la mitad de la británica y en tales condiciones «sería insigne locura que los franceses trataran de medir sus armas con los ingleses»<sup>27</sup>.

Estas manifestaciones ocasionaron un tremendo golpe a la estrategia diplomática planeada desde París, como ya dijimos. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos el articulista de «El Liberal» se preguntaba «¿Qué contestará y qué hará la República Francesa?. Sin gobierno, y alterada por terribles agitaciones interiores es de temer que no disponga al resolver de la indispensable serenidad de juicio. Vivamente deseamos que no surja la conflagración. Pero bueno será que nos apercebamos a todo evento, porque si surge sea cual fuere el éxito, sobre nosotros caerán los primeros astillazos»<sup>28</sup>. Así una clara alarma domina el ambiente madrileño. En ella se mezclan junto al propio temor, la preocupación por la suerte del país vecino. Una actitud causa-

(25). *El Liberal*, 12 de octubre de 1898, pág. 1.

(26). *El Liberal*, 20 de octubre de 1898, pág. 1. «Aprestos de Inglaterra».

Formaban la escuadra inglesa del Canal, bajo el mando del almirante H.F. Stephenson, los siguientes barcos: «Majestic», «Magnificent», «Hannibal», «Jupiter», «Marte», y «Príncipe Jorge» de 14.900 toneladas cada uno y los acorazados «Repulse» y «Resolution». Además el cañonero «Blake» de 9.000 t., el «Diadem», de 11.000 y los de 2.ª clase, «Arrogant», «Furious» y «Perrous». Una gran fuerza.

(27). *El Liberal*, 21 de octubre de 1898, pág. 1. «Francia y Rusia».

(28). «El Liberal», 26 de octubre de 1898, pág. 1. «La guerra continental».

Denuncia el periódico en este artículo una peligrosa belicosidad tanto entre los liberales, como en los conservadores británicos; aunque algunos periódicos ingleses como *The Observer* mostraban un talante conservador.

da por la simpatía hacia el más débil y el resentimiento contra Inglaterra, a la que, en buena parte, se consideraba responsable de la impune agresión estadounidense a nuestras últimas colonias. El común sentimiento latino se pone de manifiesto una vez más frente a la agresividad del mundo anglosajón.

La crisis del ejecutivo francés se resolvió con el nombramiento de Dupuy, primer ministro, en medio de las gravísimas tensiones suscitadas por la cuestión Dreyffus. En los días finales de octubre, aunque la opinión pública aún estaba dividida, pues algunos de sus órganos se mostraban intransigentes mientras otros como «Le Figaro» o «Le Siecle» eran partidarios de la evacuación de Fashoda, la suerte de la expedición Marchand está decidida. Francia cede <sup>29</sup>.

Algunos periódicos españoles captaron inmediatamente el nuevo rumbo de la situación. «El Liberal» titulaba ya el 30 de octubre «La guerra ha fracasado» <sup>30</sup>. Se adelantaba a los medios oficiales y criticaría duramente al jefe del Gobierno, Sagasta, cuando días más tarde expresaba en el Consejo de Ministros sus hondos temores de que con motivo de la cuestión de Fashoda llegasen a pelear Inglaterra y Francia <sup>31</sup>.

Otros diarios madrileños, retrasaron algunas fechas la noticia sobre la resolución del Gobierno francés relativa a su posición en el Nilo. En los primeros días de noviembre, mientras el capitán Marchand ha llegado a El Cairo para recibir instrucciones <sup>32</sup>, anuncian la decisión del Consejo de Ministros francés de no mantener la ocupación de Fashoda y el envío de Mr. Courcel para negociar con el Gobierno de Londres <sup>33</sup>. Son los momentos en que Salis-

(29). Esta actitud de *Le Figaro* y *Le Siecle* contrastaba con la mantenida por otros órganos como *Le Temps*.

(30). *El Liberal*, 30 de octubre de 1898, pág. 1. «Guerra fracasada».

Idem, 1 de noviembre de 1898, pág. 2. «La cuestión de Fashoda». Se hace eco el diario madrileño de algunos comentarios de prensa franceses como los de *L'Eclair* e ingleses como *The Daily Chronicle*, de talante moderador y que dan por cierto el final del peligro de guerra.

(31). *El Liberal*, 4 de noviembre de 1898, pág. 1. «En pleno caos».

Comentando la negativa actitud del Gobierno a propósito de las negociaciones de París con Estados Unidos apostillaba: «... No es extraño que tal suceda, pues según notas oficiosas el sr. Sagasta, en el consejo que se celebró en Palacio, hubo de manifestar sus hondos temores de que con motivo de la cuestión de Fashoda llegasen a pelear Inglaterra y Francia...».

«Diez o doce días era ocasión de preocuparse de ese conflicto. Cuando se hallaba el Capitán Marchand en Fashoda y libraban batallas las dos potencias con sus respectivos libros diplomáticos, y el Capitán Baratier no había llegado a París y no había vuelto a salir con nuevas instrucciones para conjurar el conflicto y aún no se descubrían términos de conciliación; hubieran estado en su punto en tales espantos.

Pero que los experimente el sr. Sagasta cuando ya Marchand ha llegado a El Cairo y toda Europa sabe a qué atenerse en el problema suscitado por plantar la bandera tricolor en Fashoda es, o retraso de información inexplicable o propósito de distraer la atención, demasiado absurdo».

(32). *El Nacional*, 4 de noviembre de 1898 y 5 de noviembre de 1898.

(33). *El Liberal*, 4 de noviembre de 1898, pág. 2. «La cuestión de Fashoda». Se hace eco de las noticias aparecidas en *Le Matin*.

bury, desde el campo británico avisa también que el peligro de conflagración europea ha pasado.

Decidida la evacuación del Alto Nilo dos cuestiones restaban por solucionar a la República francesa: 1) Llevar adelante una retirada de sus tropas en Fashoda con las menores salpicaduras para el honor nacional, tanto a nivel interno, como internacional; y 2- Obtener cualquier tipo de compensación a cambio, si ello fuese posible. Ambas cuestiones unidas entre sí en buena medida explican el comportamiento francés en aquellos momentos y el aparente recrudescimiento de la tensión, en un segundo tiempo, por el afán de París en representar una postura digna. Algunos órganos de prensa del vecino país como *Le Petit Journal* o *Le Matin* son los portavoces de este nuevo alarmismo, al anunciar, ya bien entrado noviembre, preparativos de su flota <sup>34</sup>.

A primeros de enero de 1899 se conoce en Madrid la partida en retirada de Marchand <sup>35</sup>, en medio del entusiasmo británico al que acompañan algunas manifestaciones racistas. La prensa inglesa afirmaba que 1898 sería un año memorable en los fastos de la historia por los testimonios de poderío dados por los pueblos de habla inglesa <sup>36</sup>. Al mismo tiempo crecía un estado de opinión favorable, en medios ingleses, para la alianza formal U.S.A.-Inglaterra, que abriese una nueva etapa en las relaciones entre ambos países.

Estas muestras de orgullo herían la susceptibilidad de determinados sectores de la sociedad española, por cuanto nuestro país había sido el principal sujeto paciente de algunas muestras de ese poderío del mundo anglosajón. Un cierto romanticismo trasnochado y pretendidamente historicista originó alguna reacción en los medios de opinión madrileños ante la prepotencia británica. *El Imparcial* advertía a Salisbury de «...las reacciones insospechadas del pueblo español ante la adversidad en los inicios de los siglos XVIII y XIX» <sup>37</sup>, y concluía planteando idéntica posibilidad para el XX. Pero poco más que estas posturas de arrogancia vacía podían adoptarse.

Encauzado el conflicto Londres y París, por diferentes motivos, tenían gran interés en restar importancia a lo sucedido. El embajador francés Cambón llegaría incluso a declarar que «...la prensa ha exagerado la ligera emoción que produjo el incidente de Fashoda, emoción que fue pasajera» <sup>38</sup>, según sus palabras. Los deseos de guardar las apariencias para atenuar la humillación de un país que ha visto frustradas, de alguna forma, sus expectativas coloniales por inferioridad para proseguir por el camino de la fuerza, dictaban este proceder. Así las relaciones entre Francia e Inglaterra intentarían

(34). *El Liberal*, 11 de noviembre de 1898, pág. 2. «Francia e Inglaterra».

Posteriormente el Almirante Fournier haría unas declaraciones ponderando la capacidad de la Armada francesa y su preparación para el combate, en la misma línea de los comentarios citados.

(35). *El Imparcial* 4 de enero de 1899, pág. 1. «En el Alto Nilo».

Marchand recibió del teniente coronel inglés Jackson el estandarte del emir Said Peygheim durante la ceremonia que ponía fin a su estancia en Fashoda.

(36). *La Correspondencia de España*, 4 de enero de 1899, pág. 2. «Los anglosajones».

(37). *El Imparcial*, 15 de enero de 1899, pág. 1. «Posible error de Salisbury».

(38). *El Imparcial*, 18 de enero de 1899, pág. 1. «Franceses e ingleses».

«normalizarse» rápidamente. En los meses siguientes la cuestión quedaría formalmente zanjada en los diversos aspectos.

A la opinión española no se le ha escapado sin embargo que, sobre el telón de fondo de la crisis económica que afecta a Europa en líneas generales en esa última parte del siglo XIX, Francia había cometido varios errores decisivos. En el plano exterior ha caído, dentro de la gran complejidad de las relaciones internacionales de aquellos momentos, en la grave contradicción de buscar en el marco europeo el apoyo inglés frente a Alemania, (como estrategia dominante por encima de fluctuaciones ocasionales), y recabar la ayuda de las potencias continentales, incluido el propio imperio germano, frente al impulso colonizador inglés, particularmente, en África. En el plano nacional se han llevado, simultáneamente, hasta el paroxismo las diferencias internas que acarrearían, sin remedio, la debilidad y la inferioridad moral.

Habremos de concluir pues que el tema de Fashoda produjo en la sociedad española, batida por graves problemas, profundo impacto en un momento particularmente crítico de nuestra historia. A las ya aludidas respuestas denunciante del darwinismo social que se ha convertido en práctica de política internacional, y que tendrá su continuidad tras los episodios de finales de siglo en la primera guerra mundial; se le une otra nota a la cual generalmente se ha presentado menor interés. Nos referimos al rechazo de algunos sectores a la problemática derivada del imperialismo de la cual se sienten al margen. Para ellos hay otra clase de desánimo, desconcierto e ira provocados por las necesidades de todo tipo que sufre la España de 1898, síntoma de una situación creada por factores más inmediatos y vitales que la confrontación colonial.

No debemos pasar por alto esta parcela de la opinión pública que también asoma, aunque en menor grado pero no en interés, a las páginas de varios de los periódicos mencionados y que critica a los conflictos coloniales como elemento de distracción de una atención general a la cual reclama prioritariamente hacia los efectos de las injusticias internas que el país soporta.